

Francisco Alía Miranda

# LA AGONÍA DE LA REPÚBLICA

El final de la guerra civil española  
(1938-1939)



CRÍTICA

Francisco Alía Miranda

---

# LA AGONÍA DE LA REPÚBLICA

*El final de la guerra  
civil española  
(1938-1939)*

CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición: enero de 2015

*La agonía de la república*  
Francisco Alía Miranda

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Francisco Alía Miranda, 2015

© Editorial Planeta S. A., 2015  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)  
[www.espacioculturalyacademico.com](http://www.espacioculturalyacademico.com)

ISBN: 978-84-9892-777-1  
Depósito legal: B. 24.885 - 2014  
2015. Impreso y encuadernado en España por Limpergraf

# Índice

<i>Introducción</i> .....	7
---------------------------	---

## PRIMERA PARTE

### EL DECLIVE DE LA REPÚBLICA

(DETERIORO POLÍTICO, ECONÓMICO Y MILITAR EN 1938)

1. EL GOBIERNO DE NEGRÍN, SUS POCOS AMIGOS Y SUS MUCHOS ENEMIGOS .....	21
1.1. Formación y objetivos del segundo Gobierno Negrín	21
1.2. El <i>incondicional</i> apoyo del Partido Comunista y las dificultades en la relación PSOE-PCE .....	36
1.3. La situación internacional: el abandono definitivo de las democracias europeas .....	46
2. LAS DIFICULTADES ECONÓMICAS Y LOS PROBLEMAS SOCIALES DE LA REVOLUCIÓN .....	59
2.1. La revolución económica y social .....	59
2.2. Los problemas de la revolución .....	69
2.3. La acción conjunta de la UGT y la CNT en la economía .....	78
3. LAS DISPUTAS INTERNAS EN EL EJÉRCITO POPULAR DE LA REPÚBLICA Y LA ACCIÓN DE LA QUINTA COLUMNA .....	91
3.1. Politización, desorganización y desmoralización en el ejército republicano .....	91

- 3.2. La huida hacia el otro bando o al hogar. La deserción . . . 105  
 3.3. Las actividades de la Quinta Columna . . . . . 110

## SEGUNDA PARTE

## AGONÍA Y FINAL DE LA REPÚBLICA (ENERO-ABRIL DE 1939)

4. DEL FRENTE CORDOBÉS Y EXTREMEÑO A LA CAÍDA DE BARCELONA. LA RENDICIÓN Y SUBLEVACIÓN DE MENORCA. . . 131  
 4.1. La batalla de Córdoba-Extremadura, última gran batalla de la República . . . . . 131  
 4.2. La pérdida de Barcelona, primer acto público del derrumbe . . . . . 133  
 4.3. Menorca en el entramado de las relaciones internacionales y de la guerra española . . . . . 136  
 4.4. La estrategia de Franco en Menorca . . . . . 139  
 4.5. La participación británica en las negociaciones. . . . 141  
 4.6. La rendición de Menorca . . . . . 142  
 4.7. La sublevación de Menorca . . . . . 148
5. DÍAS Y ACONTECIMIENTOS TRASCENDENTALES QUE PUDIERON ACABAR CON LA GUERRA CIVIL EN FEBRERO DE 1939 155
6. EL GOLPE DE ESTADO DEL CORONEL CASADO . . . . . 167  
 6.1. El desgaste político del Gobierno Negrín y de sus aliados . . . . . 167  
 6.2. La maltrecha economía y su repercusión social. . . . 170  
 6.3. La conspiración . . . . . 173  
 6.4. El golpe militar . . . . . 180
7. La doble sublevación de Cartagena (5-7 de marzo) . . . . 191  
 7.1. Las conspiraciones de Cartagena . . . . . 191  
 7.2. El estallido de la doble sublevación y la conversión en una sola . . . . . 195  
 7.3. El desarrollo de la sublevación . . . . . 198
8. LA BATALLA DE MADRID: RESISTENCIA COMUNISTA . . . . 209

9. SUBLEVACIÓN EN EL PALACIO ROJO DE CIUDAD REAL (7-11 DE MARZO) . . . . .	219
9.1. Rebelión en el Ejército de Extremadura (5-11 de marzo) . . . . .	219
9.2. Encierro en el Palacio Rojo (7-11 de marzo) . . . . .	223
9.3. Ataque al Palacio Rojo y base de Guerrilleros (11 de marzo) . . . . .	228
9.4. Detenidos, juzgados y entregados . . . . .	230
10. VALENCIA Y ALBACETE, AMENAZAS SOFOCADAS . . . . .	233
10.1. El general Menéndez, mediador en Valencia . . . . .	233
10.2. Los tanques de Albacete . . . . .	236
11. LAS NUEVAS NEGOCIACIONES DE PAZ. LA OFENSIVA DE LA VICTORIA Y EL FINAL OFICIAL DE LA GUERRA CIVIL. . . . .	241
<i>Conclusiones</i> . . . . .	249
<i>Notas</i> . . . . .	257
<i>Siglas</i> . . . . .	303
<i>Fuentes y bibliografía</i> . . . . .	305
<i>Fuentes onomástico</i> . . . . .	317

# 1

## El Gobierno de Negrín, sus pocos amigos y sus muchos enemigos

Hace ya dos años que España está en guerra. Y el mundo entero se pregunta por qué esta horrenda guerra no termina de una vez. Si sólo dependiese de los españoles habría terminado hace mucho tiempo... (Manuel Chaves Nogales, junio de 1938).<sup>1</sup>

### 1.1. FORMACIÓN Y OBJETIVOS DEL SEGUNDO GOBIERNO NEGRÍN

El 5 de abril de 1938 tomaba posesión el segundo Gobierno del doctor Negrín, militante del Partido Socialista Obrero Español (PSOE). Juan Negrín López había sido ministro de Hacienda en el gabinete de Francisco Largo Caballero (septiembre de 1936-mayo de 1937) y tras los trágicos sucesos de Barcelona había sustituido al líder de la Unión General de Trabajadores (UGT) al frente del ejecutivo, formando su primer gobierno. Se propuso entonces dar un cambio de rumbo total a la guerra y revolución, a partir de tres objetivos: la restauración del poder estatal, reconfigurando el aparato administrativo del Estado; la reconstrucción de un ejército combatiente regular, con mando único y jerarquizado, obediencia y disciplina en sus filas; y la intensificación de la economía de guerra y la movilización de la retaguardia al servicio de las necesidades del frente de combate.

Desde el inicio de su gestión, el sector *caballerista* del PSOE fue el que ejerció una postura más beligerante contra el nuevo gobierno, negando el apoyo de la UGT, y contra el Partido Comunista de España (PCE), su principal aliado, al que acusó de estar detrás de la caída de

Largo Caballero. Cuando el presidente de la República, Manuel Azaña, procedió a abrir consultas, el Partido Comunista se pronunció por un gobierno de Frente Popular que diera satisfacción a las grandes masas del país en los problemas de la guerra, de la industria y de la «limpieza» de la retaguardia. Pascual Tomás, por la UGT, afirmó, por el contrario, que este sindicato sólo daría su apoyo a un gobierno presidido por Largo Caballero. La Confederación Nacional del Trabajo (CNT), principal víctima de los acontecimientos de mayo en Barcelona, también se mantuvo al margen.

En abril de 1938 el doctor Negrín intentó recuperar el espíritu del Frente Popular, integrando a la mayor parte de fuerzas políticas y sindicales. Los representantes de los sindicatos volvían al gobierno: la UGT recibía la cartera de Justicia y la CNT la de Instrucción Pública y Sanidad.

Tabla n.º 1

*Gobierno de Negrín (5 de abril de 1938-6 de marzo de 1939)*

Presidencia y Defensa Nacional	Juan Negrín López (PSOE)
Estado	Julio Álvarez del Vayo (PSOE)
Gobernación	Paulino Gómez Sáenz (PSOE)
Justicia	Ramón González Peña (UGT)
Agricultura	Vicente Uribe Galdeano (PCE)
Instrucción Pública y Sanidad	Segundo Blanco González (CNT)
Hacienda y Economía	Francisco Méndez Aspe (IR)
Obras Públicas	Antonio Velao Oñate (IR)
Comunicaciones y Transporte	Bernardo Giner de los Ríos García (UR)
Trabajo y Asistencia Social	Jaime Ayguadé Miró (ERC)
Ministro sin cartera	José Giral Pereira (IR)
Ministro sin cartera	Manuel de Irujo Ollo (PNV)

Cuando comenzaba la acción del nuevo Gobierno, las condiciones internas y externas no podían ser peores. Días antes, el 7 de marzo, aprovechando la extrema debilidad de las defensas republicanas tras el desgaste de Teruel, el ejército de Franco había emprendido una poderosa ofensiva en la zona con el objetivo de llegar al Mediterráneo y partir en dos el territorio republicano. Para reforzar la operación y de-

bilitar la moral de los enemigos, los días 16 y 17 del mismo mes la aviación italiana realizó sobre Barcelona los mayores bombardeos sobre una ciudad conocidos hasta el momento, que se saldaron con un balance de unos 1.300 muertos y más de 2.000 heridos. El frente republicano se desplomó como resultado de la magnitud de los ataques y el 15 de abril las tropas franquistas alcanzaban el Mediterráneo en Vinaroz (Castellón). La República quedaba dividida en dos mitades vulnerables: un enclave central aislado excepto por vía marítima y un núcleo catalán adherido a la frontera francesa. A casi nadie se le escapaba, ni dentro ni fuera de las fronteras, que la guerra estaba prácticamente perdida militarmente para el bando republicano, a no ser que un golpe de fortuna inesperado revirtiera la situación.

Si la coyuntura militar comenzaba a resultar trágica para la República, en el ámbito de las relaciones internacionales las perspectivas no eran más halagüeñas. El día 10 de abril se producía la caída del gobierno del Frente Popular en Francia, presidido por el socialista Léon Blum, uno de los mejores aliados de Negrín. Le sucedió al frente del gobierno francés Édouard Daladier, del Partido Radical, que dio por finalizado el período de gobierno del Frente Popular, iniciado en 1936. «Es inútil disimular que la crisis del Gobierno francés nos ha producido una agradable impresión»,<sup>2</sup> decía la prensa portavoz del bando franquista. Mientras, Negrín permanecía en silencio imaginando lo que se le venía encima...

En Reino Unido tampoco el ambiente político era muy favorable al Gobierno de Negrín. Desde el 28 de mayo de 1937 el jefe del Partido Conservador, Neville Chamberlain, ocupó el cargo de primer ministro, sucediendo a Stanley Baldwin. Su política exterior, que pretendía por encima de todo salvaguardar la paz mundial, se caracterizó por lo que se denominó «appeasement» (apaciguamiento), estrategia contemporizadora con la política expansionista de Adolf Hitler, cediendo a la mayor parte de sus exigencias.

La política interna en el bando republicano tampoco atravesaba por buen momento, con múltiples problemas que desde dentro venían dinamitando al propio Frente Popular, coalición electoral formada en enero de 1936 para intentar recuperar, en las elecciones convocadas para el mes siguiente, la Segunda República y su espíritu reformista de 1931. Durante la guerra se había convertido en una estructura de poder. El primero de estos problemas incidía de lleno en la principal cuestión en el debate político republicano: la división entre las fuerzas

republicanas por la resistencia o la rendición ante la negativa marcha de la guerra para ellos. Las notables diferencias entre los partidarios de proseguir la resistencia a ultranza, encabezados por Negrín, y los de negociar una rendición con apoyo franco-británico, apadrinados por el presidente Azaña, fueron abriendo una brecha cada vez más profunda en las formaciones políticas y sindicales, alimentada además por otros graves problemas que venían incidiendo de lleno en el desarrollo político, militar y económico de la guerra. La fractura dividía internamente a todas las fuerzas políticas, pero especialmente enfrentaba a los comunistas y al sector *negrinista* del Partido Socialista Obrero Español con los grupos republicanos moderados, los nacionalistas vascos y catalanes, la mayoría del anarcosindicalismo y dentro del Partido Socialista las tendencias de Izquierda Socialista, liderada por Largo Caballero, y la moderada de Besteiro.

Tabla n.º 2

*Los «Trece Puntos» del Gobierno Negrín*

1. La independencia de España.
2. Liberarla de militares extranjeros invasores.
3. República democrática con un gobierno de plena autoridad.
4. Plebiscito para determinar la estructuración jurídica y social de la República Española.
5. Libertades regionales sin menoscabo de la unidad española.
6. Conciencia ciudadana garantizada por el Estado.
7. Garantía de la propiedad legítima y protección al elemento productor.
8. Democracia campesina y liquidación de la propiedad semifeudal.
9. Legislación social que garantice los derechos del trabajador.
10. Mejoramiento cultural, físico y moral de la raza.
11. Ejército al servicio de la Nación, libre de tendencias y partidos.
12. Renuncia a la guerra como instrumento de política nacional.
13. Amplia amnistía para los españoles que quieran reconstruir y engrandecer España.

El lema del doctor Negrín desde que se hizo con el gobierno en mayo de 1937 y sobre todo en abril de 1938, al asumir las responsabilidades de la Defensa fue «¡Resistir es vencer!». El presidente hizo de esta premisa el objetivo estratégico del Gobierno. La resistencia a ultranza, como opina Miralles,<sup>3</sup> fue una orientación política y una estra-

tegia militar a la vez. Consciente de la pérdida de la guerra, pretendía lograr la mediación internacional con el fin de negociar la paz con Franco, para lo que era necesario resistir en el frente. Además había otro objetivo: enlazar con el conflicto europeo en ciernes, que Negrín, aunque lo negara una y otra vez, tuvo sin duda en cuenta.

El primer acto político importante del nuevo gobierno fue la publicación, el 30 de abril, de los denominados «Trece Puntos», donde se reafirmaba en la resistencia a través del establecimiento de unos objetivos convertidos en razones por las que se continuaba la guerra y posibles bases para un principio de acuerdo con el bando de Franco.

El general Francisco Franco, a quien la Junta de Defensa Nacional en septiembre de 1936 había otorgado la Jefatura del Estado, convirtiéndole en Generalísimo y jefe del denominado «ejército nacional», no tardó en dar respuesta a los puntos del Gobierno de Negrín. El 31 de mayo se publicaba en el periódico *El Legionario* (Valladolid) una entrevista con él en la que se mostraba contundente ante las intenciones del ejecutivo republicano: «La guerra se terminará por las armas y solamente por las armas. Finalizará exclusivamente por la victoria militar». Inmediatamente la noticia se trasladó por valija diplomática a las principales cancillerías europeas, por si algunas tenían dudas o coqueteaban con los intermediarios del gobierno republicano para negociar los trece puntos.<sup>4</sup>

Por si no fuera suficiente, Francisco Gómez-Jordana, conde de Jordana, quien había asumido la cartera de Asuntos Exteriores en el primer gobierno formal que Franco constituyó en enero de 1938, ordenó al duque de Alba, su representante en Londres desde el año anterior,<sup>5</sup> por carta del 10 de junio de 1938, que desmintiese en la capital británica cualquier esperanza mediadora con palabras tajantes y bien reveladoras del programa totalitario auspiciado por el régimen franquista:

Con marcada insistencia vienen los rojos maniobrando cerca de distintos Gobiernos para asegurarse una mediación en nuestra guerra en términos que les permitan salvar parte de lo que irremediamente tienen perdido ... Nuestra victoria ha de ser aplastante y hay que exterminar cuanto sea reminiscencia de lo que precedió al Movimiento. No es nuestro Estado una Dictadura ni es retrógrado su sentido, sino progresivo y avanzado en todos los aspectos, pero libre de las lacras que nos llevaron al desastre: el parlamentarismo, el sectarismo, la demagogia, el cacicato de los indeseables, la intervención de Moscou, el imperio del

marxismo, la injusticia social, la persecución de la Iglesia, etc. Todas ellas tienen que desaparecer radicalmente y para ello es necesario que nuestra Cruzada por Dios y por la Patria termine con rotunda victoria ... El pueblo vencido totalmente será susceptible de regeneración, vencido a medias no.<sup>6</sup>

Una vez que Negrín fue consciente del rechazo de Franco a su propuesta de los «Trece Puntos», vio como única salida resistir para enlazar el conflicto español con el que ya todos daban por seguro a nivel mundial, que sin embargo se retrasaría un año más. Para él, no se trataba sólo de resistir por una cuestión de orgullo personal, sino por el interés y el miedo de la mayoría, a los que no quería dejar abandonados sin unas mínimas garantías que Franco, desde luego, no confirmaba. Así se lo aseguró una y otra vez, como a su amigo Jesús Hernández, comisario político del ejército republicano de la zona Centro-Sur y exministro del anterior gabinete:

El pueblo está cansado de la guerra, pero tiene miedo a perderla. Quiere la paz, pero con posibilidades mínimas de vivir. Y comprende bien que sin resistir no se puede negociar la paz. Prueba de esto es el ritmo de incorporación de las nuevas quintas. Pese a todo el sabotaje descarado de los C.R.I.M. (centros de reclutamiento e instrucción militar), los comprendidos en los llamamientos acuden hasta con bandas de música.<sup>7</sup>

En el mismo sentido se manifestó ante otro amigo y correligionario, Vidarte, al que confesó que no estaba dispuesto a entregar indefensos a centenares de españoles, que se estaban batiendo heroicamente por la República, para que Franco se diera el placer de fusilarlos como lo estaba haciendo en Galicia, Andalucía y Vascongadas:

¿Es que usted cree que a mí no me pesa, como al que más, esta odiosa servidumbre? Pero no hay otro camino. Cuando hablo con nuestros amigos de Francia, todo son promesas y buenas palabras. Después empiezan a surgir los inconvenientes y de lo prometido no queda nada. La única realidad, por mucho que nos duela, es aceptar la ayuda de la URSS, o rendirse sin condiciones ... ¡Qué más puedo hacer! La paz negociada siempre; la rendición sin condiciones para que fusilen a medio millón de españoles, eso nunca.<sup>8</sup>

Este primer problema terminó por afectar y agudizar a otros de los más básicos que se venían planteando en la política republicana desde el comienzo de la guerra, e incluso antes, como eran la división interna en el PSOE, el partido que presidía el gobierno, y el aislamiento del PCE en el seno del Frente Popular, por las notables diferencias estratégicas con el resto de formaciones, especialmente con parte del Partido Socialista y con la CNT.

En abril de 1938 aparecía de forma evidente la división del PSOE en tres vías irreconciliables, surgidas a partir de la revolución de octubre de 1934. Negrín no era capaz, siquiera, de dominar la tendencia centrista del partido, en la que se adscribía, especialmente a partir de la ruptura con Indalecio Prieto, al que sacó del segundo de sus gobiernos para asumir él mismo la cartera de Defensa. A ambos lados tenía la beligerancia de Izquierda Socialista, liderada por el sindicalista Francisco Largo Caballero, y la moderación conservadora de Julián Besteiro, que intentaban disimular las pocas simpatías que le despertaba el gobierno del doctor Negrín.

Días antes del cambio de gobierno, en el seno de la Comisión Ejecutiva del PSOE, Negrín y Prieto se enfrentaron abiertamente. Este último, todavía ministro de Defensa, se mostró «convencido de que toda resistencia futura era inútil y sólo servía para propiciar el aumento de la influencia militar y policial de los comunistas».<sup>9</sup> Negrín le replicó que no podía prescindir de los comunistas porque eran los únicos que eficazmente ayudaban, y no podía poner en peligro la colaboración de la URSS, único apoyo efectivo que tenían en cuanto a material de guerra. De franceses e ingleses, todo eran solamente buenas palabras pero muy pocas realidades.

Durante el Consejo de Ministros que se celebró en la noche del 29 de marzo, Negrín decidió prescindir de su gran amigo Indalecio Prieto al frente del Ministerio de Defensa, como reconocería en la correspondencia cruzada entre ambos al finalizar la guerra.<sup>10</sup> Según le reprochaba Negrín, el informe del todavía ministro de Defensa desmoralizó a los miembros del gabinete: «Dejó usted a aquellos hombres convertidos en guiñapos e inutilizados para su labor». Para él, «su moral decaída impedía que su capacidad singular y su actividad prodigiosa dieran un rendimiento positivo y su indiscreta incontinencia nos llevaba a la catástrofe». Prieto contestó rechazando su indiscreción, a lo que replicaba Negrín que cuando estaba gestionando ante el embajador francés el envío de nuevo material, éste le replicó que tenía mu-

chas dudas de emprender la gestión por las propias manifestaciones que le había realizado el ministro de Defensa. «Me preguntó —escribe Negrín— si yo ignoraba que el Ministro de Defensa Nacional, Sr. Prieto, daba la guerra por perdida». El secreto a voces se extendió por diputados, militares, políticos y funcionarios.

La versión de Prieto es bien distinta. En la reunión del día 29 sólo expuso la situación de forma realista, incluso más dosificada que la que días antes le había expuesto a él el general Rojo, responsable del Ejército Popular, quien le advirtió como ministro de Defensa que «el Gobierno debe pensar en las probabilidades de una derrota militar». Indalecio Prieto expuso en el Consejo de Ministros, en síntesis, que «ante la falta de combatividad de nuestras tropas, su desorden y desorganización, ante la enormidad de material del adversario, preveo que los facciosos llegarán al Mediterráneo; tengo por inevitable el hecho, y deben tomarse ya las medidas procedentes».

Efectivamente, los informes del general Rojo no parecían nada optimistas, al contrario, hablan de inferioridad, desmoralización e incapacidad de reorganizar las líneas defensivas en el Este.<sup>11</sup> Para él, no era una cuestión tanto de falta de armamento, salvo la excepción de la aviación, como de transportes. El Ejército de Maniobras estaba prácticamente inutilizado porque era incapaz, con tan sólo doce camiones, de mover a unos 50.000 soldados que tenía preparados para reforzar los frentes. La falta de repuestos, además, hacía que tan sólo se pudiera volver a poner en circulación uno de cada diez camiones averiados por el continuo desgaste. No había otra alternativa que solicitar una mayor implicación de la retaguardia enviando nuevos vehículos, pues el ferrocarril prácticamente no tenía capacidad de movimientos. «Acentúa también la gravedad del problema de transportes —explicaba—, el hecho de que, habiéndose recibido abundante material de guerra, principalmente de artillería y de la D.E.C.A., y siendo indispensable para poner en servicio estos materiales la asignación de medios de transporte automóvil, ha sido preciso restar de las reservas disponibles varios centenares de camiones destinados a dicho fin. Como la llegada de material no se interrumpe, nos hallamos ante el problema de prescindir casi totalmente de la reserva de transportes o dejar sin utilizar dicho material de guerra». Todo ello generaba una quiebra moral en los combatientes, que sin apenas descanso veían cómo nunca llegaban los refuerzos prometidos. «En síntesis —escribía el 30 de marzo— puede decirse que al Sur del Ebro

tenemos un frente establecido, pero desde el Ebro hacia el Norte nuestro frente prácticamente no existe, pues la mayor parte de las tropas que constituían el Ejército del Este, como las enviadas de refuerzo, se hallan desarticuladas entre sí, sin constituir un frente defensivo, y la mayor parte desorganizadas y retrocediendo, víctimas de un fenómeno de pánico».

Para Prieto, la situación militar no pesó tanto en la resolución de Negrín de prescindir de su persona como la oposición crítica que ejerció continuamente ante la influencia que tenían tanto en la actividad política como en la militar los comunistas, por la que «se entregaban al Partido Comunista los más importantes resortes del Poder». Entre otras cuestiones, criticaba el nombramiento de Jesús Hernández, quien dejaba un ministerio sin apenas funciones como el de Instrucción Pública, para convertirlo en comisario jefe de la zona Centro-Sur, es decir, de las cuatro quintas partes del Ejército Popular. También nombró a Cordón como subsecretario del Ejército de Tierra y a Prados para la jefatura del Estado Mayor de la Marina. Éstos se sumaban al de Hidalgo de Cisneros al frente de la Aviación republicana. También la Dirección General de Seguridad recayó en un comunista (Cuevas) y la Dirección General de Carabineros en un miembro del PSUC (Marcial Fernández). Con estas medidas y otras más, Negrín reforzó el predominio comunista en el Ejército de la República y en el control de la seguridad ciudadana.

La crisis interna del PSOE se resolvió a primeros de abril a favor de las tesis de Negrín, pero a costa de formar un nuevo gobierno en el que asumía también la cartera de Defensa pero perdía a uno de los líderes más carismáticos de la época. Para él no había otra alternativa a su política, por la negativa de Franco a negociar la capitulación, pues sólo aceptaba la rendición incondicional. La gran víctima en lo personal fue Indalecio Prieto, al que sustituyó el propio Negrín al frente del ministerio porque, según explicaba, no podía ejercer las responsabilidades de Defensa alguien que no creía en las posibilidades del Ejército Popular y, sobre todo, por proclamarlo públicamente.<sup>12</sup> Pero tampoco se puede olvidar otra cuestión que resultó determinante en la voluntad de Negrín de separar a Prieto de la cartera de Defensa: la presión de los comunistas.<sup>13</sup>

Indalecio Prieto nunca perdonó a su amigo que le apartara del ejecutivo en momentos tan decisivos. Había sido uno de sus valedores junto a Azaña en mayo de 1937, pues veía en él al hombre culto, de

reconocido prestigio intelectual, conecedor de varios idiomas, enérgico y moderado, que necesitaba el régimen republicano para lograr sus objetivos en la política internacional. Tras la guerra, Prieto rompió su silencio, que creía necesario entonces para no perturbar ni la acción gubernamental ni la militar. Desaparecidas «tan delicadas circunstancias», decía sentirse en libertad para proclamar en público «mis discrepancias pasadas y presentes con Negrín». Le acusaba de ejercer un poder personal dedicado «sin contemplaciones, a eliminar a cuantos pudieran constituir estorbo para sus arbitrariedades».<sup>14</sup>

Quien se debió alegrar de la salida de Prieto del gobierno sería el propio Largo Caballero, según las últimas investigaciones del profesor Aróstegui.<sup>15</sup> Para el líder sindical, la política férrea y hasta autoritaria de Negrín por controlar toda decisión política y militar se debía al predominio comunista de la política de guerra y, más aún, al apoyo que le había brindado una parte del socialismo. Pero a esa situación, que había provocado su salida de la presidencia del Consejo de Ministros en mayo de 1937, se llegó por culpa del propio Indalecio Prieto: «La campaña para reducir a Largo Caballero y los suyos al silencio fue orquestada en especial por los comunistas, a través de los resortes del poder, de la prensa y la palabra hablada, pero, desde luego, con el permanente y decisivo apoyo del socialismo oficial, es decir, de la línea prietista que controlaba la Comisión Ejecutiva del partido. Ramón Lamonedá fue su hombre fundamental». La Ejecutiva, «con la activa colaboración del PCE, emprendían la decisiva acción de expulsar al caballerismo de sus reductos».

El Gobierno de Negrín contó con el inestimable apoyo de una parte de su propio partido —no la más numerosa, probablemente—, encabezada por su secretario general, el *prietista* Ramón Lamonedá, aunque ni mucho menos sincera: «La dirección del PSOE, aturdida y desorientada ante esa verdadera fuga de su máximo líder (que iniciaba así una especie de pasivo exilio interior, al igual que Largo Caballero previamente), no encontró otra solución que dar su apoyo a Negrín con más resignación que entusiasmo y devoción. Sobre todo porque Negrín, ante la actitud tomada por Prieto, anunció a la Ejecutiva su disposición a dimitir y recomendar a Azaña *que busque otro presidente*. Y ante esa perspectiva pavorosa, la dirección del PSOE reaccionó de la única manera posible».<sup>16</sup> Salvo el sector oficial, el resto (*prietistas*, *caballeristas* y los seguidores de Besteiro) estaban cada vez más abiertamente en contra. También la mayoría de los diferentes partidos

republicanos y de sus líderes, empezando por el presidente de la República, Manuel Azaña. Esta circunstancia no sólo hacía menos operativo al ejecutivo, sino que incluso tenía que malgastar enormes fuerzas en acallar las conspiraciones internas. El presidente del Consejo de Ministros, en algunos momentos de desesperación, no se recataba de denunciar públicamente las constantes intrigas políticas contra él y su gobierno, en las que participaban el propio Azaña; el presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio; y el líder socialista Julián Besteiro, que apostaban abiertamente por iniciar cuanto antes las negociaciones que llevaran a finalizar la guerra lo antes posible. Las intrigas no eran nuevas, decía Negrín. Pero lo realmente novedoso es que ahora se sumaba Indalecio Prieto,<sup>17</sup> su gran valedor y amigo, al que había tenido que apartar del gobierno.

Los sindicatos también estaban divididos ante el respaldo al Gobierno del doctor Negrín. El aparato oficial de la CNT, con su secretario general Mariano Rodríguez Vázquez a la cabeza, apoyaba al ejecutivo. También lo hacía sin fisuras el de la UGT, con su dirección nacional al frente: Ramón González Peña, Amaro del Rosal, Felipe Pretel, Virgilio Llanos y Edmundo Domínguez. Pero buena parte de los militantes de estos sindicatos mayoritarios se situaban enfrente de Negrín y, por tanto, de sus líderes.

La separación entre mandos y militantes en ambos sindicatos tuvo también negativas y amplias repercusiones en la política cotidiana. Las masas *cenetistas* nunca habían entendido que el sindicato anarquista entrara en el gobierno, por primera vez en la historia, en un momento de tantas dificultades como en noviembre de 1936, y que se hiciera con tres ministerios de poca influencia en la política general. Además, recriminaban a sus líderes no sólo que se renunciara a uno de los importantes para ellos como era el de Agricultura, en el que se jugaba la marcha de la revolución, sino que este ministerio se entregara a un comunista. Frente al objetivo central de la CNT, el Partido Comunista de España había decidido renunciar a la revolución ante el objetivo prioritario de ganar la guerra. Después de la victoria, ya habría tiempo para revoluciones.

El debate interno en el seno del sindicato anarquista fue continuo y cada vez más beligerante. También lo fue con el resto de compañeros anarquistas. En el Pleno Nacional de Regionales del Movimiento Libertario (CNT, FAI y FIJL), celebrado en Barcelona del 16 al 30 de octubre de 1938, se discutió ampliamente sobre la conveniencia de es-

tar en el poder. Horacio Prieto, que representaba a la Regional del Norte, se mostraba partidario firme de la participación en el gobierno, afirmando que «la acción verdaderamente decisiva sólo se puede ejercer desde los órganos del poder». La polémica estalló. El representante del Comité Nacional de la FAI se opuso a esa postura: «No puede considerarse como un éxito nuestra entrada en el gobierno, colofón obligado de una etapa en que se estuvo mendigando el poder. Éste no se pide: o se toma porque se tiene fuerza o se le entrega a uno por conveniencia». Replicó el líder Mariano R. Vázquez, del Comité Nacional de la CNT, recogiendo las diferencias entre la CNT y la FAI: «Afirma que existen dos interpretaciones: la de la FAI, que no quiere que estemos en el gobierno, y la nuestra, que no queremos estar en la oposición». Lo dejaba claro: no querían pero no había otra solución si se quería avanzar y defender las conquistas revolucionarias; se trataba de un ejercicio de responsabilidad. El pleno se clausuró con la aprobación del dictamen final, que eludía pronunciarse sobre la intervención del anarquismo en el ejecutivo y proclamaba una política que continuara «la línea de resistencia que tiene trazada el Movimiento Libertario y sostener la necesidad de continuar la lucha contra el fascismo hasta aplastarlo y conseguir arrojar de España al último invasor».<sup>18</sup>

En la UGT la situación era similar. El sindicato de tendencia mayoritariamente socialista también vivió una tensa situación interna, por las diferencias entre sus responsables y por la escisión entre militantes y aparato oficial. Tampoco fueron fáciles las relaciones con el que consideraban su partido, el PSOE. Según iban creciendo las dificultades materiales y la impopularidad del gobierno presidido por Negrín por su política de resistencia a ultranza, aumentaba la popularidad del denostado Largo Caballero. Su expulsión de la Ejecutiva de la UGT en octubre de 1937 fue interpretada por él mismo como el éxito de las corrientes comunistas que llevaban tiempo intentando controlar el sindicato socialista. La nueva Ejecutiva designada el 1 de octubre de 1937 estaba liderada por el presidente Ramón González Peña. En ella había dos comunistas, en calidad de vocales, una novedad que muchos no aprobaron. El 24 de octubre de 1937 la reunión del Comité Nacional de la UGT en Valencia ratificó por unanimidad a la nueva Ejecutiva de González Peña. El caballerismo quedaba liquidado oficialmente. En cierto sentido, la decisión de la Comisión Ejecutiva de excluir a la Izquierda Socialista de la dirección del sindicato puede explicarse por el propio conflicto interno del PSOE. Como la influencia de Largo era

fundamentalmente a través de la UGT, el Partido Socialista, dominado por los centristas, quiso garantizar la paz en el partido desafiando allí el poder de la Izquierda Socialista. Las manifestaciones de Largo contra Negrín eran públicas y reincidentes, y el PSOE necesitaba proyectar una imagen de unión y fuerza.

El *caballerismo*, hundido en 1937, cada vez fue cogiendo más adeptos e influencia en el seno de la UGT y del partido. Atrincherado en algunas federaciones, empezó a salir a la arena política denunciando el poder del PCE y la pérdida de influencia del PSOE y la UGT. Largo Caballero supo aprovechar el amplio sentimiento anticomunista existente tanto en las bases del Partido Socialista como de la UGT. Además, las bases militantes del PSOE tenían la sensación de que Lamóneda no estaba con ellos. Muchos socialistas, aislados en el centro y el sur de la península, rodeados por territorio franquista y el mar, sin sentir a su líder, acabaron por entregarse al caballerismo y al anticomunismo. Esta sensación aumentó al final, pues tras la caída de Cataluña, en febrero de 1939, la Ejecutiva de Lamóneda se marchó a Francia.

Los responsables de la UGT también intentaron neutralizar a los *caballeristas* reforzando sus lazos de unidad con los anarquistas de la CNT, con los que compartían objetivos revolucionarios en la economía de guerra. El 6 de febrero de 1938, ambas organizaciones obreras acordaron conjuntamente lanzar una propuesta de comité de enlace denominada «Bases de inteligencia hacia la unidad sindical»,<sup>19</sup> que constaba de varias iniciativas, sobre todo militares y económicas, los dos grandes asuntos del momento, que preocupaban tanto a las autoridades como al pueblo. En el plano militar, aspiraba a mantener y robustecer los lazos de confraternidad entre los componentes del Ejército Popular y evitar que en la retaguardia se suscitara cuestiones que pudieran distraer la acción del gobierno de su principal misión, que era ganar la guerra con rapidez, contribuyendo a crear una moral de guerra. Además, los sindicatos contribuirán a la creación de fuertes reservas que permitieran ampliar los efectivos del Ejército Popular y una política regular de relevos.

El pacto de unidad de acción, por el que se aprobaba la constitución del Comité Nacional de Enlace UGT-CNT, se firmó el 18 de marzo de 1938, con similares propuestas a las acordadas en las bases un mes antes.<sup>20</sup> Este pacto era realmente algo nuevo y no tenía nada que ver con el rubricado en julio de 1937,<sup>21</sup> por el que Largo Caballero

después de perder poder e influencia por los sucesos de mayo intentó ganar cuota de poder político a través de la UGT y de las estrechas relaciones de ésta con la CNT, pero el debilitamiento de unos y otros por los acontecimientos de Barcelona hicieron del pacto papel mojado.

El comité quedaba presidido por Horacio Martínez Prieto y como vicepresidente figuraba Roberto Alfonso, ambos del Comité Nacional de la CNT. El secretario general de la UGT José Rodríguez Vega era nombrado secretario y vicesecretario César García Lombardía, uno de los dos representantes del PCE en la Ejecutiva de la UGT. La sede se establecía en Barcelona, en la propia del sindicato socialista. A mediados de abril de 1938, ante la situación creada por los últimos avances enemigos en tierras levantinas, acordó constituir una delegación en Valencia, que actuaría en todo momento, según el objetivo planteado, bajo la dirección del Comité Nacional.<sup>22</sup>

Tras la ratificación del pacto por las cúpulas de las dos organizaciones sindicales se organizó una campaña pública para dar a conocer sus condiciones. En los actos celebrados por varias ciudades de la España republicana (Madrid, Barcelona, Valencia, Castellón, Almería...) los dirigentes de la CNT y la UGT quisieron quitar presión a la política afirmando su compromiso con la alianza obrera revolucionaria como instrumento sindical de apoyo al Gobierno de Negrín. Pretendían, sin duda, no inquietar ni al PSOE ni al PCE, que habían cedido a la firma por pensar que el pacto garantizaba la desmovilización política de los dos sindicatos, al supervisar los dos partidos marxistas el acuerdo de unidad de acción.

El Comité Nacional de Enlace fue estimulando la organización de distintos comités territoriales en los ámbitos regional, provincial y local, y en diversos sectores productivos. En el sector agrícola, el 16 de abril de 1938, la Federación Española de Trabajadores de la Tierra de la UGT y la Federación Nacional de Campesinos de la CNT constituyeron el Comité Nacional Campesino de Enlace UGT-CNT. Este comité conjunto, con sede en Valencia, estaba presidido por el *caballerista* Ricardo Zabalza, secretario general de la Federación Española de Trabajadores de la Tierra (FETT) desde 1934.<sup>23</sup> Como secretario figuraba Armando Artal, de la CNT.

Se trataba, sin duda alguna, de un intento desesperado por encauzar la producción ante la gravedad por la que atravesaba la República, con las tropas franquistas avanzando ya por tierras de Levante y Cataluña, con numerosos problemas y disputas en el seno del colectivis-

mo y cada vez con menos hombres útiles para el trabajo, especialmente desde la movilización de las quintas del 22 al 26. Representaba, según sus propios propósitos, «una conciencia, una disciplina y una convicción, puestas al servicio de la guerra, de la libertad y de la transformación del país».<sup>24</sup>

Este comité de enlace campesino se convirtió en un poderoso instrumento en manos del «temido» Largo Caballero, que aunque en minoría oficial en la Ejecutiva de la UGT conservaba el predominio en la Federación Española de Trabajadores de la Tierra, la más importante organización del sindicato socialista por su elevado número de afiliados.<sup>25</sup> Largo la utilizó como instrumento para seguir en el escenario político, declarando continuamente que sería su forma de volver a dominar la UGT.

Los comités de enlace estimulados desde la dirección de la UGT y de la CNT en 1938 intentaron revitalizar la política republicana a partir de un acercamiento sincero a las bases. Parecía el momento adecuado por la coyuntura difícil por la que pasaba la República ante las propias rivalidades de las organizaciones políticas y sindicales del Frente Popular, por la negativa evolución de la economía y de la guerra y por la desmoralización cada vez más generalizada tanto en la retaguardia como en los frentes, visible en el propio seno del Ejército Popular. Resurgía el poder desde abajo. Pero tal vez lo más significativo de este nuevo poder no estaba tanto en sus acciones como en su significado, al incorporar totalmente al anarcosindicalismo a la acción de gobierno de la República.<sup>26</sup>

El Comité Nacional de Enlace UGT-CNT consiguió muchos de sus objetivos políticos, sociales y económicos, y sobre todo mantuvo el tipo en la lucha en la calle contra la desmoralización y el derrotismo. Una vasta red de comités regionales, provinciales y locales, unos de carácter general y otros especializados por sectores productivos, trabajaron sin cesar por acercar el poder al pueblo, para que éste siguiera identificado con su Gobierno y con su Ejército.

La actuación de los distintos comités se hizo muy difícil por las rivalidades existentes en el seno del propio partido gubernamental, el PSOE, y en el sindicato de la UGT. Muchas más que las de ambos con el anarquismo. Amplios sectores del partido y del sindicato socialista se oponían abiertamente a la propia política de resistencia de Negrín, apoyada sin fisuras tan sólo por el PCE en el interior y por la URSS en el exterior. El propio Negrín había impulsado la organización de los

comités de enlace, aunque la «jugada» le salió mal con el comité campesino, que cayó desde el primer momento en manos de su principal oponente: Largo Caballero. Eso justifica, tal vez, la poca atención que recibió desde el Gobierno.

## 1.2. EL «INCONDICIONAL» APOYO DEL PARTIDO COMUNISTA Y LAS DIFICULTADES EN LA RELACIÓN PSOE-PCE

«Sería muy bueno poder recoger un trozo de las operaciones y trasplantarlas a Ciudad Libre y otras provincias para que en ellas se enteren un poco más de cerca de la guerra. Eso ayudaría a muchos compañeros a comprender los problemas de la unidad y darse cuenta que el enemigo no es aquel que defiende la unidad, sino los fascistas y los aliados que los fascistas puedan encontrar en su lucha contra las libertades populares» (Santiago Carrillo, secretario general de las JSU, a José Serrano Romero, secretario provincial de las JSU en Ciudad Real).<sup>27</sup>

El apoyo más firme y sin apenas fisuras al Gobierno de Negrín se lo dio el Partido Comunista de España.<sup>28</sup> Una vez terminada la guerra, Palmiro Togliatti, delegado de la Comintern en España, confesaba en su informe-balance de la guerra civil, escrito el 21 de mayo de 1939, que «el Partido Comunista era el único partido que apoyaba a Negrín de modo leal ... porque todos los otros partidos se declaraban en público favorables a él y a su política de resistencia, pero en realidad no le prestaban ningún apoyo decisivo».<sup>29</sup>

Cuando se formó el segundo gabinete de Negrín, el PCE se hallaba entre el dilema de abandonar el gobierno, tesis defendida por el propio Stalin con el fin de conseguir el acercamiento de las potencias democráticas, y la de multitud de militantes que lo que propugnaban era tomar el poder. Al final prevaleció la vía intermedia defendida por el secretario general del Partido Comunista de España, José Díaz, que a pesar de estar gravemente enfermo supo mantener su principio de autoridad para seguir colaborando con Negrín. Por medio de una carta publicada en la prensa del partido, recordaba a todos los comunistas que estaban inmersos en una guerra de independencia nacional por la defensa del régimen legal del país y no por el socialismo.<sup>30</sup> Al final, el PCE formó parte del Gobierno de Negrín, aunque perdió un ministro con respecto al anterior.

Negrín se apoyó en el PCE y éste respaldó al Gobierno, quizá más por intereses propios que por convicción. El Partido Comunista seguía la línea marcada por la Comintern mientras Negrín buscaba la ayuda material y militar de la URSS. Marginado el *caballerismo*, liquidado el sedicente trotskismo y contenido el anarcosindicalismo, el PCE se convirtió en la principal alianza estratégica del doctor Negrín, especialmente ante su defensa a ultranza de la resistencia. Aunque el apoyo puede interpretarse como una exigencia de Moscú, parece ser que no lo fue, pues ni el partido ni la URSS pretendían prolongar la guerra a cualquier precio, incluido el del sufrimiento de la población civil, en aras de sus intereses. La Comintern «gestionaba ya el escenario de un futuro acuerdo para poner fin a la contienda española que pasase por la salida de las fuerzas extranjeras de territorio español. Para dar ejemplo, en la sesión del 27 de agosto de 1938 se comunicó a los dirigentes españoles la retirada de las Brigadas Internacionales, con el pretendido fin de conseguir una respuesta recíproca de alemanes e italianos y una aproximación favorable a una mediación anglofrancesa».<sup>31</sup>

El 3 de septiembre, la Internacional Comunista propuso sorprendentemente la búsqueda de un armisticio y un final de la guerra civil sobre la base «de un acuerdo leal entre patriotas españoles hecho posible a condición de que las tropas de ocupación extranjeras sean expulsadas de España».<sup>32</sup> Esto ocurría antes de Múnich. Sin embargo, tras la defección de las democracias en la ciudad bávara, Stalin volvió a prestar su apoyo decidido a la República española, en forma de armas y de un llamamiento de sus agentes en España a favor de la resistencia.

Negrín tuvo que confiar en los comunistas porque internamente eran sus más fervientes e incondicionales aliados y porque en el exterior la URSS se convirtió en el único país que ayudaba realmente a la República, aunque ni mucho menos de forma desinteresada. La factura global en concepto de compra de armamento ruso arroja un importe final de unos 250-300 millones de dólares (el 77 % correspondía al período entre octubre de 1936 y septiembre de 1937). A esa cantidad habría que sumar el dinero concedido en distintas operaciones financieras de guerra en París, como 256 millones de dólares que en 1937 transfirió la URSS a la cuenta que tenía la República española en el Eurobank, 77 millones de un crédito concedido y 155 millones a lo que probablemente ascendieran los préstamos nunca com-

pensados. En total, unos 738 millones de dólares (como mínimo). El valor del oro del Banco de España que salió para Moscú fue aproximadamente de unos 518 millones de dólares. Sin embargo, puede establecerse un equilibrio en la balanza financiera de ambos países si se tiene en cuenta que el armamento vendido a la República española se hizo con precios muy abultados y que la manipulación de los cambios de divisa de rublos a dólares y de dólares a peseta también tuvo intereses desorbitados, quizá de un 25 % más caros de lo que deberían haber sido.<sup>33</sup>

Lo que la URSS hizo con la República fue —en palabras de uno de los principales especialistas en la economía de la guerra—<sup>34</sup> un conjunto de operaciones comerciales de venta de armamento, no siempre de la mejor calidad ni de lo más moderno de la época, cobradas al contado, con la garantía de 510 toneladas de oro (la mayor parte de las reservas metálicas del Banco de España) a precios excesivos y jugando, siempre a su favor, con la falta de transparencia del cambio del rublo. Además de las armas, la Unión Soviética vendió a la República petróleo, materias primas, alimentos y medios de transporte y compró algunos productos españoles como frutas. Todo apunta a que también en estos intercambios, la URSS salió muy beneficiada.

Los apoyos del PCE y de la URSS dieron tranquilidad y estabilidad al gobierno republicano pero crearon muchos recelos en los países del entorno. «Negrín era consciente de las servidumbres que tal cosa implicaba, pero en la ... entrevista con los encargados de negocios británicos en España, Skrine Stevenson y Leche, el 31 de octubre de 1938, Negrín les dijo, precisamente, que los comunistas desaparecerían de su gobierno si él podía obtener de Francia y Gran Bretaña lo que sólo le daba la Unión Soviética, cosa que evidentemente no sucedió».<sup>35</sup>

Por debajo del colaboracionismo oficioso entre los comunistas y el Gobierno de Negrín todo eran problemas en las relaciones entre el PSOE y el PCE. La relación oficial entre ambos, la tan pregonada política de unidad marxista, sólo guardaba las apariencias, porque había exceso de desconfianza entre ambas organizaciones. Se revitalizó el comité de enlace, pero hay quien opina que sólo intentaba neutralizar el poder de los *caballeristas* en la UGT.<sup>36</sup> En la calle, los militantes de uno y otro partido se veían más como enemigos que como aliados en la lucha común contra el fascismo.

Los recelos no surgieron durante la guerra, aunque con ésta no se apaciguaron ni mucho menos, como podría esperarse en una situación

extrema. Una de las principales explicaciones de las divergencias puede encontrarse en la estrategia mantenida desde 1935 por la Comintern, la organización comunista internacional fundada por Lenin en 1919 para agrupar a los partidos comunistas de los distintos países. Ésta quiso aprovechar el fracaso de la revolución de octubre de 1934 y las duras secuelas que tuvo para el PSOE para lograr que el PCE absorbiera cuanto de válido existía en las organizaciones socialistas. «Así, en la segunda mitad de 1936 la política de la Comintern registra una y otra vez oscilaciones pendulares entre la voluntad dominante de atenerse a sostener la República y la propensión a infiltrarse en las instituciones y ganar incesantemente cuotas de poder, erosionando de este modo el supuesto de unidad de la izquierda que subyacía a la estrategia de Frente Popular».<sup>37</sup>

La política de unidad del Partido Comunista de España estuvo inducida desde la Comintern, según han estudiado Elorza y Bizcarrondo. Esta organización mantuvo entre 1934 y 1939 una trayectoria zigzagueante, que refleja el impacto de los cambios y de los intereses de la política de la URSS como Estado por encima de los de España. La estrategia de la Internacional Comunista trataba de acabar con la hegemonía del PSOE, incluso captando a sus afiliados. Ésta es la razón principal de la aproximación a los socialistas en el marco de la unidad de acción, con la propuesta señera de unificar los dos partidos: «Las incesantes proclamaciones a favor de la unidad encubrían una estrategia de canibalismo político», afirman.

Tras la revolución de octubre, el PCE consiguió, después de ímprobos esfuerzos, que el Comité de Enlace con el PSOE se constituyera, pero fue incapaz de lograr que se publicara siquiera el primer manifiesto por el que debía darse a conocer a las agrupaciones. El comité no convocó ninguna acción común, e incluso dejó prácticamente de reunirse tras la decisión socialista de limitar sus sesiones a las absolutamente indispensables.<sup>38</sup>

A pesar de los amplios recelos de los socialistas hacia los comunistas, fueron ellos los que «invitaron» al Partido Comunista a sumarse al pacto electoral de febrero de 1936, aunque no tanto por simpatía como por otras causas más ocultas. El PCE entró en el Frente Popular «más que por presión propia, por voluntad de los *caballeristas* para contrapesar la iniciativa *prietista* a favor de los republicanos. Así, con los socialistas divididos, el PCE se encontró con una plataforma que le posibilitaría adquirir un fuerte protagonismo».<sup>39</sup>